

Novedoso es que Villa destaque que Nombela no fuse siquiera un caso de corrupción, sino una verdadera estratagema de Alcalá-Zamora para deshacerse de su presidente del Gobierno. Sin embargo, han quedado en la memoria colectiva como la confirmación de la falta de integridad del Partido Radical en general, y de su líder en particular.

Termina el libro con una magistral síntesis del pensamiento de Lerroux: el “aprecio creciente por las libertades civiles y la tolerancia, del ‘vive y deja vivir’, que acabó anteponiendo a su primigenia pasión por la igualdad y la fraternidad, de innegables resonancias cristianas. Eso le llevó a considerar que el Estado ya no debía ser el instrumento de un partido para modelar a capricho la sociedad, que las revoluciones consolidaban menos que destruían, que los cambios deseables solo eran posible a

través de evoluciones lentas y seguras, y que las elecciones y el parlamento eran medios más útiles que el fusil y la barricada”. Por desgracia no pensaban así la mayoría de líderes republicanos de aquella época, aquellos con la conciencia mesiánica de campeones del bien, hombres puros que no transigieron ni negociaron, que no estaban siquiera dispuestos a considerar las razones de los contrarios y que estaban convencidos de que la inmaculada integridad de sus ideales justificaba cualquier imposición. Lerroux, por el contrario, quiso hacer de la Segunda República “el hogar político de todos los españoles”. No lo consiguió, aunque su legado siempre ha estado ahí y curiosamente serviría de precedente frustrado al consenso de 1978. El mérito de Roberto Villa es haberlo recuperado.

ALEJANDRO MARTÍNEZ RELANZÓN

Fernando DEL REY REGUILLO, **Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española**, Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2019, 656 p., ISBN 9788417747886

Retaguardia roja es el fruto de varias décadas de trabajo de Fernando del Rey (La Solana, 1960), catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid. Su trayectoria hasta la fecha está marcada por dos líneas de investigación diferenciadas. Su tesis *Organizaciones patronales y corporativismo en España (1914-1923)*, presentada en 1989, marca la primera, centrada en el papel

de los empresarios en la historia contemporánea de España, que dio lugar a *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992) y más recientemente a varias contribuciones en *Cien empresarios madrileños* (Madrid: LID Editorial, 2017). De esta etapa cabe destacar *El poder de los empresarios. Política e intereses económicos en la*

España contemporánea (1875-2000), junto a Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo (Madrid: Taurus, 2002). No contamos con muchos especialistas en este tema. En paralelo desarrolló algunos trabajos sobre el antiparlamentarismo de las élites conservadoras y sus vínculos con la violencia en el periodo de entreguerras. Es particularmente interesante *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las “guardias cívicas” en la España del siglo XX*, que escribió junto a Eduardo González Calleja (Madrid: CSIC, 1995).

Con posterioridad ha abordado la cuestión del orden público y la violencia, especialmente durante el periodo republicano, con resultados como *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2008), donde trató el caso de su pueblo natal de La Solana; *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española* (Madrid: Tecnos, 2011); *El laberinto republicano: la democracia española y sus enemigos (1931-1936)* (Barcelona: RBA, 2012); el monográfico de la revista *Ayer* “Violencias de entreguerras: miradas comparadas” (2012) y *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras* (Madrid: Tecnos, 2017).

Retaguardia roja. Violencia y represión en la guerra civil española ha sido uno de los libros más importantes de 2019. Las principales cabeceras del país han entrevistado al autor o han hecho extensos comentarios del libro, que ha terminado el año apareciendo entre los más vendidos en no ficción y

en varias listas de obras recomendadas. La atención de los historiadores no ha sido menor. Pocos estudios han tenido tantas reseñas y comentarios desde *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*.

El interés sorprende porque, a pesar de lo que aparenta el título, no estamos ante una investigación de conjunto sobre la violencia republicana, sino centrada en la provincia de Ciudad Real. Las provincias que hoy conforman Castilla la Mancha protagonizaron la segunda matanza de la guerra, en términos relativos –más de dos mil doscientas víctimas–, sólo por detrás de Madrid y por delante de Cataluña. Al finalizar la guerra los nacionales causaron tres mil novecientas muertes más.

Sobre este tema contábamos con la tesis de Francisco Alia Miranda, *La guerra civil en una capital de la retaguardia republicana: Ciudad Real (1936-1939)*, realizada hace treinta años en la Universidad Complutense de Madrid y reeditada como *La Guerra Civil en Ciudad Real. Conflicto y revolución en una provincia de la retaguardia republicana, 1936-1939* (Ciudad Real: Diputación Provincial, 2017), que ya tuvo bastante éxito en su primera edición. Cabe mencionar otros trabajos menos conocidos escritos por Antonio Bermúdez, Julián López García, Manuel Ortiz, Felipe Molina Carrión, Marcos Rincón, José Carlos Berlinches y Ángel Luis López Villaverde. El más reciente, *Mancha Roja. República y Guerra Civil en La Mancha de Ciudad Real (1931-1939)*,

de Mariano Velasco Lizcano, ha debido de elaborarse en paralelo al libro de Fernando del Rey, porque no se tienen en cuenta entre sí.

El título, como ya apuntamos, ha sido un acierto a la hora de lograr visibilidad, pero es indudable que el contenido de la obra ha favorecido la discusión en torno a la misma. La investigación, sin grandes novedades, ofrece conclusiones extrapolables a otras regiones y a la propia interpretación que se ha hecho hasta la fecha de la violencia de retaguardia.

El interés por la violencia en la guerra civil española ha decaído en los últimos años, pero es significativo que se ha estudiado y se estudia más la represión nacional que la republicana. El autor comienza llamando la atención sobre este hecho y alerta, siguiendo a Santos Juliá, de que “una democracia no es una dictadura vuelta del revés” (p. 22). En la última década sólo se han presentado *Violencia roja y violencia azul. España, 1936-1950*, de Francisco Espinosa Maestre (Barcelona: Crítica, 2010), citado aquí por el capítulo de José Luis Ledesma; *Terror rojo. Madrid 1936* (Madrid, Espasa, 2012) y *Paracuellos. Una verdad incómoda* (Madrid, Espasa, 2015) ambas de Julius Ruiz; *Amor Nuño y la CNT*, de Jesús F. Salgado (Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo, 2014), y *Checas. Miedo y odio en la España de la guerra civil*, coordinada por Antonio César Moreno Cantano (Gijón, Trea, 2017). También podemos citar las tesis *Conflicto socio-político y violencia en la provincia de Badajoz: 1931-1939*, de

Ángel David Martín Rubio (Madrid, Universidad CEU San Pablo, 2010), *La Guerra Civil en Aspe. Las dos caras de la represión. El caso de la familia Calpena*, de José Ramón García Gandía (Universidad de Alicante, Alicante, 2016), parte del estudio *Archena 1931-1945. Segunda República, Guerra Civil y Primeros años de Postguerra*, de Manuel Enrique Medina Tornero (Murcia, Universidad de Murcia, 2017) y *Los comités madrileños en 1936*, de Fernando Jiménez Herrera (Madrid, Universidad Complutense, 2017).

La primera sorpresa positiva del libro es su introducción, repleta de afirmaciones que abren la puerta a la reflexión. Sin duda tendrá un largo recorrido como texto de discusión. Fernando del Rey muestra las claves en las que encaja su investigación. A diferencia del autor, consideramos que la violencia de 1936-1939 no “puede inscribirse en esa secuencia inaugurada en 1904 con la guerra ruso-japonesa de 1904” (p. 17). Esa línea del tiempo podría llevarnos perfectamente hasta la guerra de Cuba y a conflictos coloniales anteriores. Nuestra guerra se enmarca, en cualquier caso, en lo que Eric Hobsbawm llamó “La era de la catástrofe”, que se inicia con la Primera Guerra Mundial. Como afirma el propio Fernando del Rey, “La guerra española reunió todos los rasgos de una ‘guerra salvaje’ precisamente porque formó parte de ese contexto internacional de *brutalización* en pleno repliegue de la idea democrática en la Europa de los años treinta (...)” (p. 18) y que tan bien

caracterizó Manuel Azaña en *La velada de Benicarló*.

El autor plantea que es necesario moderar el uso del lenguaje: “Vincularla [la guerra civil] a conceptos tales como ‘genocidio’, ‘holocausto’ o ‘exterminio’ pueden ayudar a vender muchos libros, pero es preciso no exagerar siquiera porque, en términos comparados y a pesar de la ferocidad desplegada por los bandos en liza, este conflicto no ocupó ninguna posición de vanguardia en el periodo en virtud de la mortandad acarreada, ni en los frentes ni en la retaguardia. En contraste con las cifras millonarias de víctimas recogidas en los años treinta y cuarenta en *las tierras de sangre* estudiadas por Timothy Snyder –ocasionadas por el estalinismo y el nazismo a caballo entre el Báltico y el mar Negro– la española no pasó de ser una guerra muy artesanal y de muy corto alcance” (p. 19). No compartimos, en cambio, el argumento que emplea para rechazar el uso del término ‘Holocausto’ –usado, por ejemplo, por Paul Preston–, pues parte del exclusivismo que han defendido autores como Guenter Lewy en *Essays on Genocide and Humanitarian Intervention*.

Igualmente es polémico que caracterice a la violencia como revolucionaria y no como republicana, porque “fue inspirada y amparada por las fuerzas que protagonizaron el proceso de cambio acelerado abierto tras la insurrección militar en los territorios que los golpistas no consiguieron doblegar” (p. 19). En cierto modo, esta afirmación es contradictoria con la con-

tinuidad de las instituciones existentes más allá del 18 de julio de 1936. La sublevación, que deviene en guerra, sería, tras su fracaso, la que abre “las puertas a una revolución” (19).

El resto del libro se estructura en diecinueve capítulos, que permiten contrastar algunas diferencias entre esta obra y otras dedicadas a la represión. Fernando del Rey menciona a las víctimas y a los victimarios con nombres y apellidos y señala las relaciones entre unos y otros para comprender la lógica del fenómeno represivo. Su estudio tiene mucho de microhistoria y también de historia rural.

No hubo sublevación en Ciudad Real –sólo conatos–, pero sí violencia, porque los territorios no pueden observarse aislados, sin tener en cuenta lo que estaba ocurriendo en los frentes y en la otra retaguardia. Ciudad Real tenía una mayoría de votantes conservadores, pequeños propietarios de tierra, y pocos falangistas, pero eso no fue significativo para el fracaso de la conspiración. La clave estuvo en las fuerzas armadas existentes en el mismo. Las primeras escenas de violencia sucedieron de inmediato, cuando se produjo la movilización armada contra la sublevación de las organizaciones integradas en el Frente Popular.

La cronología de la violencia sigue las pautas de otras regiones: los primeros meses de la guerra fueron los más intensos, pero nunca terminó de desaparecer, con repuntes en fechas tan significativas como noviembre de 1936. Como pone de manifiesto Fernando del Rey, la política de exterminio no

fue ajena ni independiente del curso de la guerra: “Cada derrota militar, cada bombardeo, cada matanza generada por los insurgentes tuvieron su réplica en la otra retaguardia”. La represión sirvió al control efectivo del territorio, pero también dio rienda suelta a los mitos y estereotipos culturales. La violencia contra el clero fue comparativamente alta y rápida: en la provincia de Ciudad Real se asesinó a 125 miembros del clero regular y 60 en los primeros días, generalmente en pueblos distintos al de su origen. El autor considera que esto fue un signo de cierto anticlericalismo atávico, pues durante la Segunda República no sucedieron hechos que lo expliquen. La cultura política de la izquierda revolucionaria influyó enormemente en esa violencia.

La sociología de las víctimas es realmente diversa. Cabe señalar que en este caso la lucha de clase no tiene

tanta importancia como el pasado político. Tampoco comparte el autor la idea de los incontrolados: pocas veces los artífices de la violencia de retaguardia lo fueron. Entre ellos destacaron los socialistas, aunque fue una acción en la que participaron tanto los republicanos, como los anarquistas y los comunistas. En los pueblos pequeños hubo poca represión e incluso hicieron fuerza ante la violencia que llega desde el exterior. Esta se concentra en los grandes pueblos manchegos de la provincia, en el triángulo que forman Ciudad Real, Valdepeñas y Alcázar de San Juan.

En definitiva, estamos ante un estudio imprescindible para todos aquellos que quieran conocer el repertorio de las razones de la represión y las lógicas de la violencia a partir del caso de la provincia de Ciudad Real.

CARLOS GREGORIO HERNÁNDEZ

José Miguel GAMBRA GUTIÉRREZ, **La sociedad tradicional y sus enemigos**, Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2019, 238 p., ISBN 9788417134693

Como señala la introducción de esta obra, el carlismo es, “con casi doscientos años de existencia, uno de los grupos políticos más antiguos de Europa” (p.18). A lo largo de todo ese tiempo, su pensamiento se ha ido transmitiendo, siempre fiel a sus principios originarios, de generación en generación. El profesor José Miguel Gamba (Pamplona, 1950) es uno de los mejores exponentes actuales de ese pensamiento, como ya lo fuera antes su padre Rafael Gamba. En *La sociedad tradicional y*

sus enemigos, el autor se propone hacer una exposición breve de los aspectos más esenciales del tradicionalismo. Pese a la dificultad de semejante tarea, la obra cumple de forma notable con su objetivo y ofrece una visión de conjunto clara, coherente y accesible.

A través de sus páginas se tratan algunos de los grandes problemas políticos como la relación Iglesia-Estado, el bien común, el nacionalismo, las formas de gobierno o el dilema entre centralización y descentralización.